

HOMENAJE A BAROJA

Tengo entendido que don Pio Baroja no comprendía el vasquismo de ciertos escritores del país a quienes les gustaba el cielo y el mar azules, la retórica altisonante, el énfasis y la flora meridional. "Que yo sea vasquista —añadía— es lógico porque a mi me gusta el ambiente gris y húmedo"...

Pues bien; en un ambiente plenamente barojiano, "gris y húmedo" tuvo lugar el primer acto del homenaje a don Pio.

A las diez y media de la mañana, frente al edificio número 6 de la calle de Oquendo se hallaban congregados, escritores, pintores, arquitectos, el mundo local de las artes y de las letras, mas buen número de donostiarras que se adherían al homenaje. Además, figuras de la literatura nacional desplazadas desde distintos puntos de la península para vivir plenamente dos jornadas literarias: los Premios Guipúzcoa y el homenaje a Baroja.

Las primeras autoridades daban carácter de oficialidad al homenaje.

Densó sirimiri, paraguas abiertos y emoción en el momento en que don Julio Caro Baroja procedía a descubrir el lienzo —bandera nacional— que cubría la lápida, con sencilla inscripción. Una salva de aplausos y las certeras palabras de Eduardo Manzano.

"Agora" y todos los asistentes reconocen los indudables méritos literarios de la obra del ilustre novelista donostiarrá Pio Baroja. Podrá gustar o no la obra de Pio Baroja, pero lo cierto es que hay que contar con ella en todo estudio serio y profundo de la literatura española. Huyamos, pues, de todo género de mezquindades, de rencones y cicaterias y reconozcamos como bien nacidos la obra valiosa de Pio Baroja. Aunque tarde, de ahora en adelante podremos leer en San Sebastián, sencillamente esto: "Aquí nació Pio Baroja el 28 de diciembre de 1872."

Las palabras de Eduardo Manzano fueron rubricadas con caurosos aplausos.

Terminado el sencillo acto, una impresionante caravana de coches salió de San Sebastián con dirección a Vera del Bidasoa. Las crestas que enmarcan el valle del Baztán estaban veladas por la bruma y la constante lluvia, pero había unanimidad en los comentarios al calificar el día de barojiano.

Respeto al pisar el barrio de Alzate. Silencio, palabras en voz baja, recogimiento casi religioso.

"Itzea" se recorta en el paisaje con personalidad propia. Creo que casi todos conocíamos antes de hoy la casa de Baroja, pero creo también que todos entrábamos como si fuera la primera vez. Con mirada pura, adivinadora, evocadora. La casa estaba vestida, aunque todos la llenábamos —ciento y pico de personas— continuaba ostinadamente vacía. Faltaba don Pio, el alma de la casona, el objeto de arte de más valor. En el zaguán, al pie de la escalera que conduce al piso primero se me antojaba que, de un momento a otro el novelista, encorvado, con su barba descuidada y cara inocente iba a salir a recibirnos. Por desgracia no fue así y todos recorrimos la casa como si tuviéramos el presentimien-

to, el afán de encontrarle, en alguna de las habitaciones.

En la biblioteca —toda la segunda planta— una curiosidad entre infantil y malsana por conocer qué autores convivían con don Pio. En la habitación donde dormía la madre de don Pio, doña Carmen Nessi hay dos estanterías de libros. Un grupo los ha examinado a conciencia y mostraban su admiración por encontrar el Kempis, un Nuevo Testamento, obras de Fray Luis de León, los catecismos de Astete, Ripalda y el de la Diócesis de Vitoria, amén de una colección de novenas piadosas. Parece que las leyendas y los temores se adhieren hasta en las piedras.

En el cuarto de Pio Baroja, cuando yo he entrado estaban Albino Mallo y su mujer quienes dirigiéndose a la mia han dicho: "Este paisaje nos recuerda al de Galicia. Cualquier día organizamos un viaje a la casa de valle Inclán".

Un gran plano de París que data de 1734 cubre la mayor parte de la pared derecha del cuarto donde solía dormir el novelista. En la habitación contigua, las obras de don Pio traducidas y los estudios que sobre el novelista se han publicado. Como contraste, como quien tiene noción de lo ridículo, una estufa de butano.

En la planta primera el gran comedor-cocina, con su chimenea y la "lagatza", cadena para sujetar las ollas. Preside la estancia un precioso triptico con tres fases de la vida de Cristo.

En el zaguán nos hemos congregado todos, de nuevo. Bancos rústicos, dos tapices con los escudos de Alzate. Gran silencio.

Eugenio Castellanos ha leído una cuartilla escrita por Jose de Arteche para este acto:

"Usted, don Pio, es uno de los hombres que mejor me han dado la mano. Usted me dio por primera vez la mano la noche de un domingo, hace bastantes años, en la estación de Zarauz. Para mi, quien sabe dar la mano es un hombre... Usted y yo tan radicalmente distintos en algunas cosas, creo que tenemos bastantes puntos de contacto... Espero en mi caminar alcanzarlo a usted y con gesto cansado, rendido, echarle mi mano de camarada encima del hombro y así presentarnos los dos juntos delante de Aquel que siendo todo amor, todo lo comprende."

Gabriel Celaya recordó a don Pio en aquella frase de "Una novela puede ser cualquier cosa." Y así es. Don Pio es hombre que parece elemental y está lleno de secretos.

A Garcia Pavón le subyuga la autenticidad barojiana y ha evocado una graciosa anécdota en la que se veía a don Pio coreando un chotis del maestro Rincon.

Santiago Aizarna se compara con el pastor de Oyarzun a quien le faltan palabras para declararse a la amada. El individualismo de Baroja ha calado en Aizarna, muy hondo.

Federico de Zavala define a Baroja como hombre no de síntesis, sino de tesis, con una manera propia de ser y de actuar.

Cierra el acto don Julio Caro Baroja: "En 'Itzea', el día de San Pedro y con sirimiri: ambiente barojiano. A don Pio admiran muchos como novelista,

pocos como persona. Para mi es difícil separar la persona del escritor. En mi tío, el hombre privado, trasciende en la obra, no se puede desdoblarse. Hoy nos hallamos reunidos los admiradores de la obra y los amigos de la persona."

Tras las palabras de don Julio Caro, Eduardo Manzano, hizo entrega de la piedra de Agora, como "símbolo de la vinculación afectiva".

Advertiendo de antemano la imposibilidad de dar una nómina completa de personalidades asistentes al acto, permitásenos sin embargo recordar y citar algunos nombres que den idea al lector del carácter que el acto tenía.

Gobernador civil de Guipúzcoa, don Manuel Valencia, don Julio Caro Baroja, don Juan Aizpuru, don Joaquín, don José María y don Ignacio Muñoz Baroja, delegado provincial de Sindicatos, don Francisco Javier Aguirre, Alfonso Manso de las Moras, en representación del SEU y los señores Urcola, Yrizar, Vallet, Talavera, Agud, Pinilla, Donosty, Zulaica, Bandrés, Aizarna, Bellido, Celaya, Ciriquiain-Gaiztarro, señoritas Milagros Ramos y Bontigui, Zubiaurre, Lera, Gómez-Santos, Manzano, Torres Murillo, Acosta, Castillo, Sistiaga, Castellanos, Villarejo, Mendiburu, Luis de Urantz, Irigaray, Albizu, Larumbe, Bengoechea, Rafael Conte, García Pavón y esposas de varias personalidades antes citadas.

Los participantes en el homenaje se dirigieron a "La Atalaya", de Ibaridin, donde se sirvió un almuerzo.

Naturalmente los comentarios giraban en torno a don Pio.

Zulaica afirmaba: "Lo que más me emociona es el cariño por su madre." Luis de Urantz recuerda a don Pio como hombre cordial, todo lo contrario del "hombre malo de Itzea". A Ramiro Pinilla le gusta la obra de nuestro novelista por su simplicidad. Angel María de Lera reconoce que todos los novelistas deben mucho a Baroja, porque ha enseñado a quitar lo adjetivo a la novela.

Lera que es cordial y locuaz y está en el candelero de la novelística española, prepara una obra —"Tierra para morir"— que es el problema de los pueblos que quedan vacíos. Aprovecha mi charla para quitarse la espina de algo que paso en el Festival de Cine de San Sebastián. Se proyectó "La boda" película basada en su novela. Y según me dice algunos escritores por no enjuiciar la labor de realizadores y artistas, dijeron que el tema era anticuado y que aquello no ocurría hoy en día. Lera dice que por desgracia sigue ocurriendo, que cualquiera puede comprobarlo y que la crítica autorizada así lo ha reconocido. Lera no asistió al Festival y no pudo defender; hoy quiere dar una explicación.

A las cinco de la tarde, abandonamos la frontera franco-española. Al pasar por Irún, la caballería que desfilará hoy en el Alarde acaba de ser revista. El Bidasoa queda atrás. Y en la bruma, parece que está el espíritu de don Pio que todo lo acaricia y que vigila, cual pastor, el rebaño de sus personajes de leyenda.

Javier de ARAMBURU